

La soledad de la Pampa

Diversos autores se han referido a la experiencia de los primeros europeos o chilenos que se atrevieron a vivir en medio de la soledad de la Pampa. Todos ellos hablan del sacrificio, del amor a la aventura, de la labor realizada en medio de la agreste geografía, sea en las correrías tras los lobos marinos, en la ganadería, en la búsqueda del oro o en la industria del petróleo. Todos buscan inmortalizar los actos, el trabajo, el esfuerzo, pero muy pocos llegan a escarbar en el fondo de la mente de sus personajes.

Quizás el mejor modo de entenderlo es buscando en nuestras vidas un desapego a las noticias, a la conexión ultra necesaria a los equipos de reproducción de música, de los iPod y elementos similares que nos obligan a estar permanentemente vinculados con los demás. Pareciera que nos encontramos enfermos de captar todo aquello que sucede en el mundo, no importando la latitud o idioma que se hable.

Todo parece que es importante para nutrir nuestra ansia de ocupar la mente o los espacios de memoria que, naturalmente, jamás explotamos.

La vida de los trabajadores del campo, sea arriando vastos piños de ovejas o los operarios de Enap, en el recorrido por los interminables y polvorientos caminos de antaño, estaba envuelta de un pensamiento menos intenso, pero enigmático. Las horas, días y semanas montados en sus cabalgaduras acompasadas con el balido y ladrido de sus compañeros o el ruido de los motores de las torres petroleras, hoy resultan inimaginables. ¿Qué pasaba por sus mentes entonces? ¿Qué lejana vivencia gratamente recordada o deseosa de olvidar se cruzaba en el marco de esa soledad? ¿Qué vínculo distante lo unía a algún pariente, amigo o amor lejano? Sus respuestas se las llevó el viento o lo cubrió la nieve.

Un poco antes de la llegada de los europeos, la población natural tenía sus propios marcos y horizontes. Mucho más estrechos aún, pues desconocían la existencia de otras razas. En la Pampa la vida de los isleños selknam se formó sin conocer las técnicas de navegación que, por el contrario, fue vital para los yamanas y kaweskars en sus respectivos territorios. El contacto entre estos era en los límites del Canal Brenox. Y el contacto entre kaweskars y aonikenks se realizaba en las inmediaciones de la actual Puerto Natales hasta el Seno Skyring. Esos eran los límites humanos, pues las gigantescas barreras geográficas impedían cualquier otro acercamiento o entender que el mundo era más grande que el suyo. Entonces, ¿por qué preocuparse de algo desconocido, cuando lo principal era alimentar a sus respectivas tribus y lograr pasar los fríos del invierno bien cobijados, sea con capas de guanacos o de lobos marinos?

La simpleza del mundo antiguo nos debería llamar a la reflexión de que todo lo necesario está en el entorno en que decidimos vivir, lo demás está para entretención. Así ha sido desde Roma hasta nuestros días.